

Mundial. Henrietta había concluido sus relaciones laborales con la radiodifusora WNYC de Nueva York y, por lo pronto, ya no se escucharían en el aire de la gran metrópoli sus exitosos programas nocturnos sobre las músicas del mundo.

Ahora estaba en México, el vecino país del sur —diferente, colorido y aromático, pletórico de músicas—, rodeada de un ambiente intelectual, artístico y bohemio cuyo sello distintivo era el nacionalismo con tintes proletarios y rojinegros. A su círculo de amistades concurrían los pintores Diego y Frida, José Clemente Orozco y José Chávez Morado; los músicos Blas Galindo, Carlos Chávez y Silvestre Revueltas; la famosa bailarina y coreógrafa estadounidense Waldeen; el poeta Efraín Huerta y el actor y director de cine Seki Sano, entre muchos otros.

Henrietta se había sorprendido por esa mexicanidad que, en aquellos años, se afanaban en construir las elites políticas e intelectuales mediante la música, la literatura, la danza, la pintura y otras artes, tomando como motivo las raíces indígenas y populares. En ese primer viaje nunca pensó quedarse por largo tiempo: aunque había descubierto con asombro la musicalidad de nuestro país, ella

y Chenk, su joven esposo, querían regresar pronto con los suyos. Fueron quizá dos las circunstancias las que modificaron sus planes: la carta de un ingeniero coterráneo, John H. Green, quien le solicitó ayuda para grabar música en territorio mexicano, y la invitación del antropólogo Manuel Gamio para participar en un proyecto de investigación de las músicas mexicanas, las tradicionales. Así comenzó su aventura.

Por los caminos de México, que tantas veces transitó, se encontró con infinidad de voces, lenguas, historias y sonoridades que sólo había imaginado en sus viajes musicales por la radio neoyorquina; entonces tuvo afortunados hallazgos: huellas de lejanos tiempos en los sones, las canciones y los romances y el descubrimiento de vihuelas, teponaztles, arpas y marimbas en los pueblos.

Con el voluminoso equipo de grabación a lomo de mula, Henrietta acudió en múltiples ocasiones a celebraciones de santos, bautizos, bodas y entierros en pueblos apartados; enmudeció ante las fiestas dedicadas a la muerte quedó exhausta por el retumbar de tambores y danzas que pedían incesantes la lluvia y la milpa. Todo lo registraba en sus acetatos de corte directo.